



**Cuaderno
de bitácora**

LA MÁS FINGIDA OCASIÓN O LA NOCHE DE LOS QUIJOTES

de Santiago Martín Bermúdez

Un paseo por la Cuesta de Moyano

Cuando escribo esto, tengo delante de mí los tres volúmenes del *Quijote* de Alonso Fernández de Avellaneda, en la edición de Martín de Riquer para Clásicos Castellanos (Espasa-Calpe, 1972). Estos tomos tuvieron la culpa de que un servidor de ustedes escribiera una comedia titulada *La más fingida ocasión y Quijotes encontrados*, que se publicó en Alcalá de Henares en 1998¹ y se representó en el *Festival de Almagro* en 2005.

Nunca había leído el *Quijote* de Avellaneda. Sentía tentaciones, pero la edición que yo tenía era desnuda, sin notas, sin acercamiento, sin estudio. Hay quien prefiere así a un clásico, o a un contemporáneo de un clásico (acaso este es el caso), pero yo necesito ese estudio, ese acercamiento de lengua, expresiones, niveles de conciencia, todo eso. En abril de 1995, estoy en la Cuesta de Moyano y veo estos tres tomos que ahora tengo delante (les puse la fecha). Lo natural: los compro, y me los llevo a casa. En cuanto a leerlo, eso es harina de otro costal. Los libros que compramos, como todo el mundo sabe, se dividen en tres grupos: los que leemos inmediatamente, muy pocos; los que leemos al cabo del tiempo, un año, cinco años, más incluso; y, ay, los que no leemos nunca. Compramos, como bien sabéis, a una velocidad superior a la que podemos leer. Ahí están esos libros, a nuestra disposición, por si acaso. Nos gritan desde los anaqueles: ¿y yo, y yo?

En el caso del *Quijote* de Avellaneda fue toda una inversión, porque, si no me equivoco, esta edición ha desaparecido sin dejar rastro. Espasa-Calpe, editorial tomada por las hordas bárbaras economicistas, como tantas otras, liquidó esa exquisitez invendible llamada Clásicos Castellanos, pero en los almacenes de ropa y bebidas en que tuvo lugar la almoneda no encontrabas el *Avellaneda* de Martín de Riquer. Debía de estar agotada, y tuve suerte ese día de abril madrileño. Pues bien, ahora no se encuentra reedición alguna de esta esplendorosa edición del maestro Riquer. Si no se ha reeditado durante el Centenario del Quijote cervantino, ¿será posible volverlo a ver de 2006 en adelante? Podemos dudarle, porque además de ser una edición excelente, es una edición muy completa y muy compleja, ajena al formato infantil que se impone hoy día en todos los órdenes de la cultura.

Vaya, ya salió Santiago el cascarrabias, dice alguien a mi lado.

La curiosidad por el *Quijote* de Avellaneda no es tanta como para inducirme a leerlo inmediatamente, pero sé que ese libro caerá pronto. Hay algo que a este pobre autor dramático le priva, algo que es su debilidad. Entiéndame ustedes, colegas; quiero decir en cuestiones literarias, aparte los regalos de la diosa chipriota o el dios de la embriaguez. Hay algo que me encanta, y es el estilo de la prosa del siglo XVII, su vocabulario, sus expresiones, sus recovecos. Allá por 1995, desde hace tiempo pretendo fingir algo como aquello. Ya veremos, ya veremos.

Erasmismo y Contrarreforma

El caso es que no tardo demasiado en leer el *Quijote* de Avellaneda; el Quijote apócrifo, como se le ha llamado una y otra vez. Según mis anotaciones, lo leo en el verano de 1996, poco más de un año después de comprarlo. Pero, claro está, para leer como es debido el *Quijote* de Avellaneda hay que volver a leer el *Quijote* de Cervantes, al menos la primera parte, para tenerlo fresco y comprender muchas referencias que de otro modo se escaparían. Ya se escapan por sí solas muchas de ellas, pese a la lectura reciente de Cervantes y a las cuidadosas notas de Martín de Riquer. Así que procedo a esa lectura cervantina y me zambullo después en Avellaneda. Y entonces se produce, poco a poco, el fenómeno que lleva a la decisión creativa: el *Quijote* de Avellaneda resulta una lectura muy interesante por lo que tiene de ideología contraria a Cervantes, pero algo molesta por lo antipático del personaje del caballero y, desde luego, del borrico de Sancho. El tal Avellaneda no da más de sí. Nunca se supo quién fue, pero deduce Riquer de su libro que «era un hombre piadoso, de catolicismo severamente contrarreformista y devoto del rosario». En cambio, Cervantes era un erasmista. Aunque acaso no hubiera leído nunca a Erasmo (así lo creyó Bataillon; no así Abellán), puesto que las primeras persecuciones de seguidores de este humanista se remontaba a 1528, el año siguiente al saco de Roma, pero es bien sabido que el erasmismo fue en España un movimiento que llegó a conclusiones semejantes a muchas del humanista holandés. La deriva mísera de la vida y el pensamiento españoles del siglo XVI se advierte en que Erasmo pasa de ser el favorito del rey y emperador, defendido por grandes pensadores como los Valdés o como Vives, a la prohibición pura y simple, al Índice de libros prohibidos. No se tuvo en cuenta que la crítica de Eras-

¹ Teatro Independiente Alcaláino. Fundación Colegio del Rey.

mo era necesaria para llegar no ya a la Reforma protestante, sino también a la llamada Contrarreforma católica, que no se limita a ser algo «en contra», sino que obedece a un impulso de renovación espiritual de la iglesia anterior a Lutero. Una obra de Erasmo, *Elogio de la locura*, es referencia del *Quijote* cervantino. Otras proveen de crítica disimulada a la realidad retratada a través de la locura, o so capa de ella.

Pues bien, ya tenía yo el conflicto esencial, el enfrentamiento: *Cervantes contra Avellaneda*. Un pensamiento profundo, tolerante, ambicioso, frente a la simpleza del desgranador de rosarios. El caballero cristiano frente a la deformación grotesca contrarreformista, cuando la Contrarreforma se desprende de su carácter preilustrado. Hay una diferencia considerable de nivel humano e intelectual, pero el caso es que la opción antisistema de los Avellanedas se convirtió en sistema, mientras que retrocedía la auténticamente cristiana y española. Cómo plasmarlo sin caer en el maniqueísmo.

Habrà que considerar, me digo, la posibilidad de utilizar palabras de Avellaneda y de Cervantes cuando llegue ese enfrentamiento, o cuando dispongamos el discurso.

Veremos.

Surgen los personajes

El caso es que no sólo me puse a leer a Cervantes y a Avellaneda; también leí a diversos autores que le dieron vueltas a Cervantes, como el propio Martín de Riquer, Florencio Sevilla con Antonio Rey Hazas, el lejano Menéndez Pidal, los lejanísimos Ramiro de Maeztu, Azorín y Rodríguez Marín, y el más cercano don Francisco Ayala (que va a cumplir 100 años de un momento a otro). Por entonces no existía la edición del *Quijote* de Francisco Rico y su equipo. En ese momento, todas estas lecturas me conmueven, me producen un curioso placer. Y todo comienza a bullir. Pero hay algo que pone todo en marcha.

Leo en alguna parte (no recuerdo dónde) que una de las genialidades de Cervantes, después del despojo a que le sometió Avellaneda robándole sus dos personajes, fue la de robarle a su vez un personaje a este, el caballero granadino Álvaro Tarfe. Tarfe acompaña al Quijote de Avellaneda y le encierra al final de la novela en el hospital de Nuncio, en Toledo. Cervantes lo hace aparecer al final de su segunda parte, cuando ya conoce la novela de Avellaneda (que ha ido apareciendo en esas páginas para estupor del escritor alcalaíno). Vemos a Tarfe en el capítulo LXXII de la segunda parte cervantina, y da testimonio de que aquel que ve no es el Don Quijote que él conoce. Esta escena la aproveché con bastante literalidad. Pero en mi comedia tenía que prescindir de Sancho, porque ya estaba bien con dos Quijotes, como para además incluir dos Sanchos. Sancho es en mi pieza el personaje ausente, que se ha adelantado para preparar el regreso de su amo a la aldea. Además, hacía aparecer a los dos Quijotes en escena inmediatamente antes. En una primera versión, los personajes aparecían con parsimonia. Jesús Campos me dijo que sería conveniente que el espectador conociera

la naturaleza del conflicto desde mucho antes; me convenció, así que escribí la escena medio de sueño del principio, en que se enfrentan ya el Caballero de la Triste Figura y el Caballero Desamorado. Habráse visto, «desamorado». ¿Es posible imaginarse a Don Quijote «desamorado» de Dulcinea? Pues así se llama a sí mismo el *Quijote* de Avellaneda.

El caso es que es Tarfe y la visión del patio de una venta, al modo en que las imaginaba todavía Azorín, lo que pone en marcha la obra teatral. Pero qué es un patio de una venta; algo muy parecido a un corral de comedias. Así que destino la obra, idealmente, al corral de comedias de Almagro. Sin tener ni idea de que su estreno iba a producirse unos años más tarde a unos pasos de ese corral, en un espacio en rigor bastante más adecuado, los arcos del Patio de los Fúcares.

El autor se identifica a menudo con uno de sus personajes. Yo me identifiqué con Tarfe. Y me busqué un amor a mi medida. Y ese amor fue Dulcinea, una Dulcinea fingida, un poquito desequilibrada, no demasiado, apasionada, deseosa de absolutos, que acaba aceptando el amor relativo de un hombre menos extraordinario que el imaginado Don Quijote, pero al fin y al cabo un amor infinito, aunque parte de un planteamiento realista, poco menos que cínico que le hace a Isabel de Toledo, verdadero nombre la dama, ese hombre equilibradísimo (él y maese Pedro son los únicos equilibrados de la trama), Álvaro Tarfe, cristiano nuevo granadino de ascendencia claramente musulmana, como ella lo es de sangre judía.

Pero tanto Dulcinea como otros personajes de la venta, y la venta misma, surgieron porque me hacía falta descargar de gravedad la trama quijotesca. No podía enfrentar a ambos personajes a solas, en un duelo dialéctico, y correr el peligro de una obra discursiva. Yo quería literatura, no discurso. Sí, literatura; dramática, pero literatura. Palabras antiguas, no pura ideología enfrentada. Así que surgieron maese Roque, el dueño de la venta en que tiene lugar la acción; el triángulo de jóvenes, formado por un fingido estudiante que es huésped en la venta y dos jóvenes servidores de la misma, la bella e ingenua Mariana, delicioso personaje, y el buenazo de Tello. Si les añadimos Tarfe y Dulcinea, ya tenemos el reparto de ocho, al que solo habría que añadir los personajes episódicos que aparecen al final, esto es, los corchetes y el médico; y, en fin, la fugaz aparición postrera del Caballero de la Blanca Luna.

Lecturas, lecturas

Las lecturas se multiplicaron. Lecturas detenidas y analíticas. Recuerdo la lectura y relectura de, por ejemplo, las *Novelas ejemplares*, en la edición de Juan Bautista Avalle Arce para Castalia. Anoté vocabularios, expresiones, referencias, fatigué diccionarios como el de *Autoridades* y el *Tesoro* de Covarrubias. Entre el *Quijote* de Cervantes, el de Avellaneda y otros libros de la época (sin olvidar alguna que otra novela de caballerías y alguno de Castillo Solórzano, que militaba en el «otro bando») conseguí diseñar el mundo verbal de mis personajes.

En determinado momento comprendí que lo que estaba haciendo era: 1) escribir una comedia a lo Lope de Vega, con tramas amorosas que él no hubiera podido tratar, porque hubieran sido demasiado «subidas de tono» para la época, aunque hoy día nos parezcan corrientes; 2) someterla a un designio totalmente cervantino; 3) escribirla en prosa propia de la narrativa de la época, no de la dramática; 4) en fin, utilizar eso que se llama intertextualidad de manera que el discurso dramático y literario tuviera su propia verdad (cada vez que uso textos de Cervantes, de Avellaneda, del Romancero, del *Espejo de príncipes y caballeros*, etc., pongo nota a pie de página).

La preparación del texto fue laboriosa, pero este trabajo fue un placer. Como me ocurre a menudo, la redacción del texto fue rápida, porque ya estaba todo en el tintero, y no había más que sacarlo. Ahí tenía unos personajes que, a pesar de la distorsión arcaica del lenguaje, o acaso debido a ello, tenían una vida palpitante y me provocaban una simpatía que no siempre me inducen mis personajes. Los dos Quijotes, uno noble y loco, otro loco y rígido; Maese Roque, el factótum de la venta; Álvaro Tarfe, caballero granadino que conserva la calma en los peores momentos; la fingida Dulcinea, que quiere ser la dama de los pensamientos de este y de aquel, y acaba siéndolo del Caballero Andaluz, en quien encuentra la horma de su zapato. Y el triángulo de jóvenes que se engañan entre sí, la maravillosa Mariana, una de esas muchachas que no quieren ser lo que son, como la propia Dulcinea; el simple y enamorado Tello, que solo gracias a la seducción de que es objeto Mariana puede aspirar a una mujer de tales prendas; y el falso estudiante, Gaspar, apunte de burlador todavía demasiado tierno, pero cruzado de pícaro, y que probablemente abraza con el tiempo ambas vocaciones, no sin visitar calabozos y aguantar verdugazos.

Antes de ver cómo llegó esta pieza a las tablas, me permití relatar un episodio. La obra interesó, a poco de publicarse, al director de estudios de un centro de enseñanza media; el centro era el San Viator, de Madrid; el director, Teófilo Losada. Losada hizo que al leer los jovencillos el *Quijote*, leyeran también *La más fingida ocasión*. Y, una vez leída, me citaron un día y me hicieron preguntas y más preguntas; no tenían a mano a Cervantes, pero sí a mí. En mi modestia, estuve delante de cincuenta adolescentes que parecían tener algún interés en la literatura española, y que hacían preguntas muy sensatas e interesantes. ¿Estábamos realmente en España? Aquello tuvo un efecto inesperado para mí: mi obrita, vista por adolescentes, cobraba otra dimensión. Y me planteé convertir la obra dramática en una narración vista por un adolescente, por un Cherubino de principios del siglo XVII en esta España que caminaba hacia la intolerancia y el rigorismo, mas también a la eclosión de los ingenios y al desmadre pecaminoso que tantas fuentes nos atestiguan. En esas estoy ahora.

Liuba

El título final, el que se publicó en Alcalá de Henares, fue *La más fingida ocasión y Quijotes encontrados*, dos

octosílabos muy adecuados para una comedia que se finge del Siglo de Oro. El año del centenario, 2005, permitió que la obra se estrenara, aunque no permitió (acaso, al contrario) que se divulgara gran cosa. Encontré a una directora que resultó ideal, Liuba González Cid, cubana de origen y española de vocación; que, a su vez, traía de la mano una productora arriesgada, Pepsa Espectáculos, que dirige la también cubana Mayda Bustamante. Para la ocasión, decidimos cambiar el título y llamar a la comedia *La noche de los Quijotes*, muy «del Centenario».

Liuba cambió por completo el habitual icono de los Quijotes con rodela, peto, espaldar y cosas por el estilo, y consiguió un reparto realmente increíble por su alto nivel y por la versatilidad de sus prestaciones: empezando por dos inteligentes protagonistas, Guillermo Dorda para el Caballero de la Triste Figura, rostro bondadoso, bello, joven; y Juan Antonio Molina, cubierto de cueros y propicio a violencias. Eran dos Quijotes glamurosos, cada uno en su estilo; dos tipazos, vamos. A continuación, Carmen del Valle, de rostro bello, inteligente, interesantísimo, tan semejante a la Dulcinea que imaginé al escribirla que quedé algo más que sorprendido; Maite Brik, actriz, que supo hacer con maestría el personaje masculino de maese Roque, eje de todas las acciones; Carlota Ferrer, inolvidable Mariana, bella y vitalísima, fue además ayudante de dirección en una época en que ella misma montaba como directora un espléndido espectáculo, *Cancro*, de José Manuel Mora; Luis Moreno, para el ingenuo Tello, de una comicidad tan medida como irresistible, un gran actor de comedia; y, en fin, Carles Moreau, elegante y pícaro al mismo tiempo, en una ardua síntesis que en él parecía lo más sencillo del mundo.

El movimiento era de una presteza que pocas veces vemos en nuestras escenas. Las situaciones se sucedían unas a otras de manera ágil, vivaz, imparable. Y eso que Liuba permitía momentos de reflexión, como cuando entraban los músicos, dos mujeres tocadas por la mano de los ángeles: Cecilia Lavilla Berganza, soprano de voz clara y profunda; y la violonchelista Pilar Ordóñez, que en la noche quijotesca y amatoria dejaba el rastro de sus graves acompañamientos, de sus inspiradas líneas basadas en motivos de época.

Felizmente, las críticas fueron elogiosas. Muy elogiosas. No sé si demasiado, no puedo saberlo; estoy demasiado cerca y acaso me ciegue la pasión. El estreno del «Festival de Almagro» fue feliz, pese al calor insoportable de la estación. Feliz porque se había producido uno de esos milagros del teatro: desde lo imaginado por el autor hasta lo levantado por el equipo dirigido por una directora de verdadero talento. Una directora que me corrigió, que me enmendó la plana. Ojalá le enmendaran a uno la plana siempre así, con ese entendimiento y con un reparto así.

El año 2005 me fue propicio en lo teatral. Tres estrenos, dos de ellos fuera de España. Pero los tres, marcados por el Caribe. Al fin y al cabo, Liuba es cubana. Que Dios la bendiga. ■

La más fingida ocasión o La noche de los Quijotes

[tres fragmentos]

ESCENA INICIAL

(Iluminación solo sobre el CABALLERO DE LA TRISTE FIGURA, sin que apenas se perciba el decorado. Sale a escena el caballero mientras se escucha un fondo de tierna música para laúd o guitarra, que acompañará sus primeras palabras.)

EL CABALLERO DE LA TRISTE FIGURA: ¡Oh, mi señora Dulcinea del Toboso, extremo de toda hermosura, fin y remate de la discreción, archivo del mejor donaire, depósito de la honestidad, idea de todo lo provechoso, honesto y deleitable que hay en el mundo! ¿Tendrás por ventura las mientes en tu cautivo caballero, que a tantos peligros, por solo servirte, de su voluntad ha querido ponerse? Luna que ahora la ves, dame tú nuevas de ella... 1

(Aparece por otro lado el CABALLERO DESAMORADO, que interrumpe al de la Triste Figura. Cesa la música.)

EL CABALLERO DESAMORADO: ¿Quién así habla? ¿Es por ventura un caballero, o es por acaso un enamorado?

TRISTE FIGURA: *(Molesto.)* ¿Y quién así a interrumpir se atreve mi soliloquio?

DESAMORADO: ¿Quiere saberlo vuestra merced, hidalgo?

TRISTE FIGURA: A fe que vuestro tono es impertinente.

DESAMORADO: ¿No ha de serlo? Acabo de oír, si no me engañaron mis sentidos, palabras amorosas a una dama Dulcinea dirigidas. ¿No es así, hidalgo?

TRISTE FIGURA: Así es, mas no es mi deseo referirle a vuestra merced qué asunto sea ese, ni creo que sea de fuero irrumpir en los pensamientos de un caballero de manera tan descortés.

DESAMORADO: Pues yo sí lo creo. ¿No era a una señora Dulcinea del Toboso a quien dedicaba vuestra merced esas aladas palabras?

TRISTE FIGURA: ¿Y qué, de serlo?

DESAMORADO: Que esa dama fue la elegida de mi corazón hasta que un día desdeñé su amor, harto de que fuera conmigo inhumana y cruel, y, lo que es peor, desagradecida a mis servicios, sorda a mis ruegos, incrédula a mis palabras y, finalmente, contraria a mis deseos 2. Desde ese día, me llamo el Caballero Desamorado.

TRISTE FIGURA: *(Atónito.)* ¿Quién eres?

DESAMORADO: Soy aquel que antes fue el Caballero de la Triste Figura, y me llamo Don Quijote de la Mancha.

TRISTE FIGURA: ¡Mientes, bribón! ¡Yo soy Don Quijote de la Mancha!

DESAMORADO: Sorprendido me tienes, impostor.

TRISTE FIGURA: ¡Tú eres el impostor, que no hay en el mundo más Quijote que yo mismo, y este Quijote nunca renegó del amor de la simpar Dulcinea del Toboso!

DESAMORADO: ¡Habrás que resolver este pleito con la razón de la lanza y de la espada!

TRISTE FIGURA: Dispuesto me tienes.

DESAMORADO: *(Tira de espada.)* En guardia.

TRISTE FIGURA: *(También.)* En guardia estoy.

(Se baten. Sale MAESE ROQUE, alarmado y urgente.)

MAESE ROQUE: ¡Cejen en esa disputa!

(Se congelan las figuras de ambos combatientes.)



Escena de *La noche de los Quijotes*. Guillermo Dorda, en *Caballero de la Triste Figura*; Carmen del Valle, Dulcinea. Dirección: Liuba Cid. «Festival de Teatro Clásico de Almagro», julio 2005.

MAESE ROQUE: *(Aliviado.)* Gracias al cielo, que ha puesto suspensión en esta lucha de veras prematura. Vayan, caballeros, cada uno a su puesto, que ya será llegado el momento de aparecer ante esta digna asamblea, sin que ese pleito haya de entorpecer a los presentes desde tan pronto. *(Con estas palabras, los caballeros han ido saliendo de su postura congelada y se han animado poco a poco.)*

DESAMORADO: *(Abatida su espada, para sí.)* ¿Quién es este caballero? ¿Es un sueño, o soy yo mismo cambiado en tan distinto rostro y en otra alma?

TRISTE FIGURA: *(También.)* ¿Qué ficción de mí es este mi yo repetido? ¿Pretende burlarse el destino oponiéndome un rostro y un alma tan distintos? ¿O es espejo que devuelve semblantes que no por desconocidos nos son menos ciertos?

(A una señal de MAESE ROQUE, ambos caballeros salen de la zona iluminada. EL DE LA TRISTE FIGURA sube al nivel superior, donde aparecerá inmediatamente, mientras que EL DESAMORADO sale de escena.)

MAESE ROQUE: Vayan, vayan vuestras mercedes, que no es cuestión de empezar el almuerzo por el segundo plato ni la comedia por en medio, sino esperar a que las cosas vengán por sus pasos contados. ¡Y hagan ambos Quijotes como si no se hubiesen visto, ni conocido, por mucho que, siendo precisamente Quijotes, ambos tengan noticia de la existencia del otro! *(Al público.)* ¿Qué trastorno, haber salido estos caballeros a dilucidar su contienda cuando yo tenía preparadas las mejores palabras de bienvenida...! Mas, háganme caso, olviden lo que han presenciado y oído y piensen que es ahora mismo que entran en el teatro, que se ilumina este tablado y que no han visto a ninguno de estos dos Quijotes.

ESCENA ENTRE DULCINEA Y TARFE. ELLA HA SUFRIDO EL RECHAZO DE LOS DOS QUIJOTES, UNO TRAS OTRO.

(Desciende DULCINEA, llorosa, al patio, donde desde hace unos minutos se paseaba don ÁLVARO TARFE, aquejado de inquietud.)

DULCINEA: ¡Ah, dos veces misera, pelarme hía las barbas si las tuviera! ¿He de padecer el agravio del impostor y también el del verdadero?

TARFE: *(Alarmado ante el estado de la dama.)* Señora... ¿Qué os sucede? ¿Puedo ayudaros...?

DULCINEA: En nada podéis ayudarme. Voy en busca de soledad para derramar todas las lágrimas que me quedan.

TARFE: ¿Os hospedáis en esta venta?

DULCINEA: En esa estancia me refugio. Ahora, dejadme...

TARFE: ¿Alguien os ha ofendido?

DULCINEA: Sí. Yo misma.

TARFE: Entonces, no puedo auxiliaros.

DULCINEA: Pero podéis hacerme la gracia de dejarme sola.

TARFE: Así haré, si es vuestro empeño.
(DULCINEA mira entonces, solo entonces, a TARFE.)

DULCINEA: Caballero, sola estoy, sola y sin amparo.

TARFE: Vuelvo a ofreceros mi concurso.

DULCINEA: Y yo debería volver a negarme.

TARFE: Aun así, mi deber fuera insistir.

DULCINEA: *(Irritada.)* ¡Ya me fastidia vuestra impertinencia!

TARFE: *(Algo animado.)* Vuestro enfado me indica que estáis a punto de ceder ante quien solo desea ayudaros.

DULCINEA: Y vuestra insolencia avisa cuán desvergonzado sois.

TARFE: ¿Sabré al menos vuestro nombre?

DULCINEA: Dulcinea del Toboso me llamo.
(Estupor de TARFE.)

TARFE: A fe que no aguardaba nombre tal, que ese está ocupado por una dama menos real que la que ante mí se alza.

DULCINEA: *(Finge indignarse.)* ¿No es real Dulcinea?

TARFE: No más que un sueño. Y vos sois demasiado corpórea.

DULCINEA: ¿Demasiado?

TARFE: Tanto como un sueño que real se hiciese. Dulcinea es solo sueño. En cambio, vos ocupáis ambas riberas de esa corriente que transcurre entre vigiliás.

DULCINEA: ¿Soy sueño, pues?

TARFE: Un bello sueño.

DULCINEA: ¿Y también verdad después de sueño?

TARFE: No más que veros, no más que oiros, no más que saber de vos para anhelar conocimiento de qué más hay tras ese rostro, esas palabras y esa ocultación. Sois mucho, sois tanto que es preciso que os ocultéis como estáis haciendo. Mas quién sabe si no habrá quien merezca vuestro nombre.

DULCINEA: ¿Queréis saberlo?

TARFE: Como se quiere la dicha.

DULCINEA: Me llamo Isabel de Toledo.

TARFE: Cristiana nueva... *(DULCINEA queda suspensa, alarmada.)*

DULCINEA: ¿Juzgáis por mi nombre?

TARFE: Y por la forma de vuestra quimera. Yo también soy cristiano nuevo.

DULCINEA: ¿Israelita?

TARFE: De abuelos musulmanes. Me llamo Álvaro de Tarfe y mi tierra es Granada. Claro es, profeso con sinceridad el romano credo.

DULCINEA: También yo, caballero...

TARFE: ¿Buscabais a Don Quijote con nombre ideal?

DULCINEA: Qué sé yo. ¿No será que me buscaba a mí en esa quimera que habéis adivinado?

TARFE: Quimera por quimera, os ofrezco la mía.

DULCINEA: ¿Cuál es?

TARFE: Mi historia a cambio de la vuestra.

DULCINEA: ¿Sois casado?

TARFE: *(Lo admite, resignado.)* Lo soy.

DULCINEA: ¿Qué buscáis entonces?

TARFE: Busco eso... Quimeras.

DULCINEA: ¿No os bastan las vuestras?

TARFE: Las quimeras son para compartirlas.

DULCINEA: ¿Como los sueños?

TARFE: Quién sabe... Sí, tal vez como los sueños.

DULCINEA: ¿Y no hay quien con vos las comparta?

TARFE: No, hasta hoy mismo.

ESCENA EN QUE EL CABALLERO DESAMORADO, HACIÉNDOSE PASAR POR FAMILIAR DE LA INQUISICIÓN, SOMETE A TORTURA AL CABALLERO DE LA TRISTE FIGURA (ACTO III).

TRISTE FIGURA: ¿Cuál es tu acusación?

DESAMORADO: Ya la conoces. Le has abierto al diablo accesos que no esperaba, en un momento en que la república corre peligro, cuando nuestro rey aguarda el ataque de potencias infernales, antaño cristianas...

TRISTE FIGURA: ¿Qué accesos son esos, si yo mismo he luchado como caballero y buen cristiano contra el diablo, y le he dado más de un portazo en las narices?

DESAMORADO: Al diablo, cada vez que le damos un portazo, le abrimos una grieta sin darnos cuenta. Con ayuda de mil auxiliares inesperados, esa grieta se hará grande y por ella se colará lo que no cabía por la puerta entreabierta. Confiesa tu culpa y no serás sometido a tormento.

TRISTE FIGURA: Si eras falso Quijote, ahora eres falso Inquisidor. En ti veo el Santo Oficio como invento del diablo...

DESAMORADO: ¡Herejía!

TRISTE FIGURA: ¡Del diablo, sí, que se ha enseñoreado de las instituciones de la iglesia! ¡Cómo hablar de herejía! Si alguien puede venir a turbar el reposo de un caballero amante de la humanidad como yo soy, a atormentarle y a perseguirle en nombre de Dios, y todo ello gracias al Santo Oficio, es que este Oficio no es santo ni angelical, sino diabólico. Y tú no eres más que un auxiliar del diablo, un pequeño diablo que se propone hacer mucho mal en la pobre carne, en el pobre cerebro de un hombre que se creía predestinado para el beneficio de los hombres. Qué loco estaba cuando vi en tus hazañas, las firmadas por el lastimoso Avellaneda, tan solo un impostor. Ahora veo que eres un auxiliar de ese demonio que se ha infiltrado en las filas de la iglesia, y que quién sabe cuánto lleva formando parte de ella.

DESAMORADO: Esto es más de lo que la iglesia y sus enviados pueden soportar. Mas tomo nota de todo ello para nutrir el grosor de tu expediente. Eso es un modo de confesión como cualquier otro, y yo te lo agradezco, hijo mío. Confiesa, deja ver tus pecados y tu intento de llevar el error luterano a los incautos de tu patria, confiesa esa traición, mientras que la monarquía de los Felipes ha intentado preservar la unidad cristiana y el reino de la iglesia.

TRISTE FIGURA: Si después de llenar el mundo con nuestras tropas y nuestra fe, si después de haber ido a demasiadas partes, demasiado lejos y con demasiado poco equipo; si después de tanto, no le queda a nuestro imperio más que tus rosarios, tus disciplinas y tu Inquisición, habremos caído en un barranco del que no habrá de sacarnos nadie en siglos.

1 Cf. Quijote, I, XLIII.

2 Cf. Avellaneda, II.